



AÑO III

← BARCELONA 26 DE MAYO DE 1884 →

NUM. 126

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VIOLANTE, HIJA DE PALMA EL VIEJO, celebrado cuadro de P. Bordone

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—DOS CIEGOS, por don J. Ortega Munilla.—EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS (*Continuación*), por don Ramon Fernandez de Mera.—LA FLAUTA, por don Francisco Asenjo Barbieri.

GRABADOS: VIOLANTE, retrato por Bordone.—TEATRO DE LA ÓPERA EN BUDA-PESTH.—UNA HISTORIETA DIVERTIDA, cuadro por O. Erdmann.—TRICICLO ELÉCTRICO DE ACUMULADORES.—LOS DESOLLADORES DE TÍMPANOS, cuadro por L. Neustaller.—CAÑÓN PARA DISPARAR CARTUCHOS DE DINAMITA.—PROYECTO DE FERRO-CARRIL SUBTERRÁNEO EN NUEVA YORK.

NUESTROS GRABADOS

VIOLANTE, retrato por Bordone

En nuestro número 123, á propósito de un retrato por Chaplin, decíamos cuán infundada era la opinion de los que daban poca importancia á esa clase de obras. Como argumento en nuestro favor, véase el retrato, que hoy publicamos, de Violante, la hija del célebre pintor Palma el Viejo, maestro del no menos célebre Bordone. En esta obra es de ver cuán bien combinados se hallan el vigor y la delicadeza, la seguridad de la ejecucion y la suavidad de las tintas, dando por resultado un conjunto lleno de gracia y que recuerda al Ticiano, en cuya escuela se formó Bordone.

Nació este insigne artista el año 1500 en Treviso y en 1538 fué llamado á Paris por Francisco I que era gran amante de las artes. Pero ni el clima de aquella capital ni las ceremonias de la corte de Francia eran muy á propósito para hacer olvidar á Bordone el cielo de Italia y su independencia de artista. Regresó, pues, á su patria, residió especialmente en Milan y falleció á los 70 años de edad, con fama de ser uno de los primeros pintores de su tiempo.

Comparando el retrato ejecutado por Chaplin con el ejecutado por Bordone, se echa de ver la diferente manera de hacer del arte antiguo y del arte moderno, que obra con mucha mayor libertad y convencionalismo. Pero en una y otra manera de hacer cabe el verdadero arte, sin que, por ejemplo, el acabado de Rafael valga ni más ni menos que el desenfadado de Velazquez.

TEATRO DE LA ÓPERA EN BUDA-PESTH

Los pueblos que tienen la conciencia de su valer procuran dotar á sus principales ciudades de monumentos que, además de dar impulso al arte, sean permanente testimonio de su cultura y poderío. Los edificios monumentales de los pueblos son la historia de su grandeza y de su decadencia, de los sentimientos que han dominado en distintas épocas y de los afectos experimentados por los soberanos ó las asambleas que han regido sus destinos. Basta contemplar las ruinas de que está sembrada Grecia para comprender que los griegos fueron artistas por excelencia; basta hacerse cargo de las catedrales góticas de Europa para echar de ver que el principio religioso fué el imperante de la Edad Media; basta visitar esos palacios de las Mil y una noches llamados *Exposiciones*, y esas fábricas, templo del trabajo en todas sus manifestaciones, para reconocer que el siglo XIX es un siglo esencialmente industrial y no poco materializado.

Place, sin embargo, en nuestros tiempos, ver que las ciudades más importantes construyen famosos teatros que son orgullo de la localidad que los posee, y que, como el de Buda-Pesth, permiten al extranjero formar una ventajosa idea de la capital de Hungría. A nuestra manera de ver, la Iglesia, el Cementerio y el Teatro son los tres objetos que deben visitarse con preferencia: ellos, más que nada, nos dirán hasta qué punto un pueblo ama á Dios, al prójimo y al arte.

UNA HISTORIETA DIVERTIDA, cuadro por O. Erdmann

Cuando un asunto pictórico, insignificante de suyo, está tratado con la maestría en el dibujo y la destreza en el claro-oscuro que revela el lienzo de Erdmann, y cuando su reproducción en el boj está ejecutada con la perfeccion sobrada notoria que el grabador Brend'amour imprime en todos sus trabajos, no es de extrañar que una lámina como la que lleva el anterior epígrafe cautive agradablemente la atencion y que nos obligue á dedicar á su contemplacion tanto tiempo como si se tratase de una obra de mayor estudio ó trascendencia. Basta el título para penetrarse perfectamente del asunto y hacer las consideraciones que la vista del grabado naturalmente sugiere, y bastan tambien las firmas de ambos artistas para comprender la aventajada ejecucion de una obra, frívola si se quiere, pero bellísima.

TRICICLO ELÉCTRICO DE ACUMULADORES

Hace pocos meses que ha circulado por las calles de Londres un triciclo comun modificado por los Sres. Ayrton y Perry y en el que la fuerza eléctrica se empleaba como medio de traccion, pero este nuevo empleo de la electricidad ha sido más bien un ensayo que una aplicacion práctica.

Basta examinar el grabado para comprender cómo funciona este triciclo. Suministra la fuerza eléctrica una serie de acumuladores Faure-Sellon-Volckmar de un tipo especial que ponen en movimiento un motor eléctrico capaz de desarrollar una fuerza de hasta tres décimos de caballo (22 kilogramos por segundo), y que sólo pesa 18 kilogramos. Pone directamente en accion una de las ruedas grandes del triciclo: el viajero tiene á mano un conmuta-

dor con el cual puede variar á su placer el número de acumuladores puestos en circuito en la máquina, segun la naturaleza del terreno y la velocidad que desea imprimir al aparato, el freno y la palanca de direccion. Un ampermetro y un voltámetro colocados á su lado marcan á cada instante la fuerza eléctrica consumida (y ya se sabe que esta fuerza es igual al producto de los volts en las bornas por los amperes en el circuito). Por último, dos lamparitas Swan sirven á la vez de faroles reglamentarios y de alumbrado para los aparatos.

Es más que probable que este primer modelo sufra algunas modificaciones en lo futuro y que pronto veamos circular por nuestras calles algunos vehículos eléctricos más apropiados á su objeto.

LOS DESOLLADORES DE TÍMPANOS, cuadro por L. Neustaller

Para tratar asuntos sencillos y producir efecto con ellos, se necesita una verdadera fuerza de ejecucion, aparte de un estudio concienzudo de los tipos intentados reproducir. Así, por ejemplo, el asunto trazado por Neustaller no puede estar más desprovisto de interés, y sin embargo, su manera de hacer ha sacado de él un partido evidente. Esos traviesos chiquillos soplan con tal naturalidad y su intencion de mortificar á su jóven compañera está revelada con tanto acierto, que la vista se fija agradable en esta composicion sin pretensiones y que, á pesar de todo, revela los envidiables conocimientos de su autor.

Cañón para disparar cartuchos de dinamita

Esta máquina bélica consiste en un cañón de 40 piés de longitud por 4 pulgadas de diámetro, que dispara cartuchos explosivos de dinamita. Como agente propulsor y á fin de que no estallen los cartuchos dentro del cañón, se emplea, en vez de pólvora, aire comprimido, encerrado en un pequeño depósito que se adapta al extremo del tubo. El cartucho ó bala explosiva es de forma oblonga, y en su base tiene un cono de madera para servir de guía y evitar que el roce caliente el proyectil y su contenido; en la punta lleva una cápsula con materia explosiva que al dar contra cualquier objeto, inflama la carga de dinamita.

La fuerza, relativamente poco expansiva del aire, requiere para sacar todo el efecto posible, que el cañón sea de la longitud indicada.

Las pruebas que se han hecho con esta arma en el fuerte Hamilton cerca de Nueva York, donde se ha inventado, han dado por resultado, con un cartucho de dinamita de 2 pulgadas de diámetro, una fuerza de impulso de 500 libras por pulgada cuadrada; por cuya razon se calcula que con un cartucho de 4 pulgadas de diámetro resultará la fuerza balística igual á 2000 libras por pulgada cuadrada, lo que equivale á decir que un cartucho cargado con 100 libras de dinamita puede ser disparado á la distancia de 1 hasta 1 $\frac{1}{4}$ kilómetros con suficiente probabilidad de dar en el blanco. El arma es tan ligera que una lancha de 50 á 60 piés de eslora puede llevar dos de estos cañones para disparar cartuchos de 100 libras de dinamita. Además su poco peso tienen la ventaja de poderlos desmontar y montar con poco trabajo, lo que facilita extraordinariamente su transporte y manejo en todas las operaciones militares terrestres y marítimas.

Aguárdanse nuevos ensayos, principalmente respecto del empleo de otras fuerzas motrices además del aire comprimido.

FERRO-CARRIL SUBTERRÁNEO en Nueva York

La densidad siempre creciente de la poblacion de Nueva York y la extension misma de la ciudad han hecho necesario arbitrar medios de comunicacion siempre nuevos. No hace aún mucho tiempo que se introdujeron los ferrocarriles aéreos, pero han resultado demasiado lentos por sus frecuentes paradas y están sobrado distantes de los cruces de los ferro-carriles principales. Por otro lado, la calle principal, llamada de Broadway, que tiene cerca de 5 kilómetros de largo y es la gran arteria del comercio, no tiene suficiente anchura ni para un ferro-carril comun ni para uno aéreo. En tales circunstancias se ha proyectado el ferro-carril subterráneo que representa nuestro grabado, que tendrá cuatro vías y anchas aceras laterales más elevadas. Dos vías están destinadas al movimiento local de poca velocidad y muchas paradas, así como para los trenes de mercancías, y las otras dos para trenes de gran velocidad. El piso superior, es decir, la calle verdadera queda así reservada para los transeuntes y carruajes. Para ejecutar los trabajos sin interrumpir el tráfico, puesto que ha de desaparecer el espacio transitable de la calle actual para hacerlo nuevo sobre arcos de hierro que á su vez descansan sobre columnas robustas del mismo metal, se establecerá un pavimento interino, un metro más elevado que el actual, y movable, para desmontarlo cuando el trecho debajo de los dos pisos esté concluido, y llevarlo siempre más adelante hasta que cada calle quede concluida en toda su longitud. Este pavimento interino tendrá de 150 á 300 metros de largo. Cálculase que los cimientos de las casas de Nueva York son por regla general más profundos que el nivel de la vía subterránea, pero si alguna que otra casa no llenase esta condicion, se subsanará de un modo ú otro semejante inconveniente. Así opina la comision de ingenieros encargada del examen del proyecto.

El obstáculo más formidable es el coste, pero se confía en que el genio americano logrará allanarlo.

DOS CIEGOS

I

En los buenos tiempos aquellos en que era rey de España, por la gracia de Napoleon, su hermano José, no constituía la caza ejercicio muy usado en la Península. Ocupacion más grave que la de dar muerte á conejos y perdices entretenía las escopetas, que andaban por esos montes de Dios cargadas con bala y convertidas en fusil belicoso y anti-humanitario. Los ciudadanos que por temor se sometían al rey intruso, hubieron de entregar sus armas de fuego en la Casa-Concejo de sus respectivos pueblos, y los no sometidos usábanlas en la noble empresa de arrojar de nuestra bendita tierra á los señores gabachos. Así es que las perdices se morían de aburrimiento dentro de sus jaulas, tomando el sol ó escarbando la tierra, sin que un cazador las sacase á ver el campo; los conejos y liebres se multiplicaban entre los piés de los combatientes, de modo que causó asombro á Lord Wellington el gran número de estos doctos animalillos que vió en el Arapil grande de Salamanca; los ciervos y venados paseaban sus gentiles personas por la pacífica extension de sus ántes conturbados dominios, y las codornices emigradoras tornaban á su Africa, llevando en el pico la verde rama de emblemático olivo que la patria ensangrentada y doliente buscaba sin éxito por el desolado territorio de Bailen.

No faltaba, sin embargo, algun aficionado al gran placer de la caza que dando de mano á graves ocupaciones políticas, y cual si en nada tuviese el desenlace de la gloriosa tragedia, fuese una mañana hermosa de primavera por el polvoriento camino del Pardo, como quien se dirige hácia el cuartel de San Roque, puesto sobre un vigoroso caballo de campo, y seguido de seis ú ocho oficiales franceses, todos ellos vestidos de paño azul, con botas de cuero adobado, y cascos de reluciente metal en las cabezas.

Salió del Pardo esta lucida cabalgata á tiempo que el sol asomaba su rodela llameante tras las oscuras lomas del Guadarrama, que á lo léjos descubria sus escalinatas gigantescas de granito, sus rampas grandiosas de pendiente inaccesible, sus cresterías y granolaciones verrugosas en que la vegetacion muere, tratando en vano de subir aquellas cuestas y despeñaderos, agarrándose con las uñas de las zarzas, y con el reptador pié del musgo. En las afueras del pueblo cruzóse la cabalgata con un peloton de soldados franceses que vivaqueaban allí. Todos ellos se cuadraron al descubrir al jinete del caballo negro, y gritaron con voz becerril y aguardentosa:

—¡Vive le roy!

—¡Vive!—respondieron los de la escolta.

El real jinete, pues real era toda vez que así le llamaba la *Gaceta*, no contestó á la entusiasta salutación de otro modo que espoleando al caballo, el cual tomó á media rienda el camino que conducía al monte y serpeaba entre un espeso tomillar, y cuya atmósfera llena de los aromas saludables de la sierra, animaba el deseo de penetrar en la espesura del rebollar vecino, donde mil urracos murmuraban no sé que chismes patrióticos, y huían á la llegada de S. M. deteniéndose cerca de él, como si los muy pícaros osasen burlar su voluntad omnipotente.

Su Majestad el rey José iba de mal humor, segun refiere el puntual cronista. Su ancha frente estaba contraída por las arrugas del disgusto, y su labio inferior, descolorido y muy delgado, dejábase morder por los reales dientes que eran blanquíssimos y pequeños como de dama. Llevaba al descuido las riendas de la noble bestia, que usando con prudencia de su libertad, no salía de una medianera carrera, con que bien pronto ganó la entrada del monte.

Entonces el Rey intruso llamó á los de la escolta, que adelantaron sus caballos hasta emparejar con el de José, y éste dijo en aquel insinuante tono que le caracterizaba:

—¿Dónde vamos á cazar, Augereau?

Augereau, que iba á la derecha del Rey, caballero en un potro de fierá é inquieta cabeza, patas finas y crines recortadas, contestó refrenando al hermoso bruto, que irreverente trataba de adelantar á la real cabalgadura:

—Sire, en el llamado Cuartel de las Aguilas. V. M. verá cuán agradable cazadero. La abundancia de reses mayores es grande en él. No es extraño, porque hace meses que no suena un tiro en toda la extension de esta finca de V. M.

—Si se exceptúan las de esos malditos guerrilleros, que á modo de langosta, surgen en asoladora nube por todas partes y se multiplican como los gusanos.

—¡Guerra de bandidos es la que hacen!—exclamó con indignacion Augereau, miéntras su caballo cordobés de pura sangre piafaba furiosamente, como si quisiese protestar del aserto de su jinete.

—¿Y las escopetas? preguntó el Rey.

—Aquí las trae uno de los de la escolta, repuso Augereau.

—Dadme una y retiraos todos. La caza, como la oracion, sólo tiene mérito cuando es individual. No saco gusto á este ejercicio si una turba de ojeadores me trae las piezas poco ménos que del rabo, diciéndome: «¡Mátele V. M.!»

—Vuestra Majestad piensa en esto de otro modo que su augusto hermano el Emperador.

—Mi hermano es ménos cazador que yo, afirmó José con entonacion orgullosa.

Augereau detuvo su caballo, llamó á uno de la escolta que traía sobre la perilla del marcial aparejo varias armas de fuego, encerradas en sus ricos estuches de piel, y to-

mando una de ellas, puso el gatillo en el seguro, y dijo al rey entregándosela:

—Como V. M. guste. El bosque ha sido explorado previamente y una guardia numerosa le rodea; de suerte que puede V. M. gozar con tranquilidad de esta hermosa mañana. Las guerrillas de bribones serranos andan por toda la comarca, pero aquí no han de llegar seguramente.

—¿He preguntado yo eso?—exclamó con enojo el Rey intruso, dando indicios en su pálido semblante de lo poco que le agradaba verse tratado de cobarde.

—Sire,—contestó Augereau bajando su confuso rostro hasta el nivel del cuello del caballo como para hacer una reverencia,—perdone V. M. si oficiosamente...

—Está bien, replicó con sequedad el Monarca espoleando su corcel, que se encabritó antes de partir a galope, y haciendo piernas gallardamente, se separó de la escolta.

Augereau se acercó á los otros oficiales que se habían detenido. Uno de ellos dijo:

—Mal humor tiene hoy S. M.

—Malo,—añadió Augereau.—Como que ha habido carta del Emperador.

—Y según costumbre, le dará esos consejos que él suele y que suenan á censura.

—Hoy es más grave la cosa. Yo he leído un párrafo de la carta. Le llama inepto.

—¡Ineptio!—dijo el oficial que antes había hablado.

—¡Ineptio!—replicó otro de la escolta.

Y la palabra *inepto* corrió de boca en boca en aquel corrillo de Martes cortesanos.

II

Su Majestad corrió todo lo que le vino en voluntad.

Su mal humor necesitaba algún desahogo y halló espoleando al potro, por cuyos relucientes ijares se escurrieran las plateadas estrellas del acicate, ya húmedas de sangre.

De trecho en trecho aparecía detrás de algún chaparro ó matorral espeso la vistosa figura de un soldado de la Guardia Real, que presentaba su arma al monarca, gritando:

—¡Viva el rey!

—Así no es posible cazar,—pensó José con ira.—Estos bárbaros por guardarme á mí, ahuyentan la caza. Más valía no haber salido del Pardo y permanecer encerrado en aquella parodia de Versailles, recibiendo á esos enfadosos Consejeros de Castilla, que no me hablan de otra cosa que de los tapices, de su Moratin, de su Romero y de los frailes. ¡Maldecida generacion de Quijotes! ¡Voto al diantre, que ya me va cargando tan monótona sociedad!

En esto llegaba el Rey á un paraje donde desapareciendo súbitamente la espesa vegetacion de pinos, tomillares y lentiscos, comenzaba una gran calva desnuda de hierbas altas y llanísima como la palma de la mano, que se perdía á lo lejos en varias ondulaciones y declives. Un soldado de la Guardia Real estaba allí tieso, derecho, erguido é inmóvil cual muñeco de palo, con su mosquete entre las manos y el morrión peludo en la cabeza.

El Rey le llamó.

—Acércate,—dijo,—toma el caballo de la rienda y conócete á la escolta.

El muñeco de palo perdió la inmovilidad de su postura, y dejando caer el arma sobre el suelo, sostuvo al caballo mientras echaba pié á tierra el rey José. Este examinó el oído de su escopeta y descendió por la limpia ladera con paso firme y seguro. Su traje le componían sombrero de fieltro negro, sin plumas, cintillos ni adornos, casaca azul con botones de oro y calzon verde que venía á acabar en la campana de una bota de charol armada de espuela de paseo. Unos guantes de ámbar remataban el adorno de la Real persona, que con la escopeta apercebida para hacer fuego avanzaba despacio, explorando el terreno atentamente. Mucho anduvo así. La mañana estaba apacible, el cielo despejado de nubes, quieto el aire y llena de los aromas campesinos la atmósfera. José, sin ser muy poeta, era accesible á los gratos sentimientos de la naturaleza bella, y acaso entonces al escuchar el pitido de alguna alondra que alzaba su vuelo cantando,

Símbolo del poeta
que cuando canta se remonta al cielo;

al aspirar el balsámico ambiente que exhalaban los tomillos, cuyas débiles ramas se estremecían como tiritando al menor soplo de aire, viéndose solo en medio de la campiña, sin Consejeros de Castilla aduladores; sin aquella corte de relumbron que le ajustó su hermano como se ajusta una compañía de cómicos, para que representase el papel de monarca, envidió la paz, el sosiego de su edad infantil; aquella casa de Córcega que habitaron sus antecesores, humildes y pobres. ¿Quién es capaz de percatarse de los misterios que encerraba entonces su alma, supeditada á impuestas obligaciones, abandonada por un momento, al sentirse libre de su enojoso freno?

Sentóse en un enorme tronco de sabina que abatió el hacha ó el rayo, y dejó á un lado la escopeta, apoyando la frente en las enguantadas manos. Así estuvo algún tiempo. Cuando alzó la vista del suelo, contempló delante de sí á unos cincuenta pasos de distancia, el espectáculo que más puede impresionar á un cazador. Eran tres gamos, que sobre un montículo cubierto de maleza pastaban tranquilos. Sus airosas cabezas se destacaban con arrogante elegancia sobre el fondo azul purísimo del horizonte. Bajábanlas para comer la dorada gramínea que alfombraba con su menuda vegetacion la ladera, y atentos

á todo rumor, con las movibles orejas en movimiento continuo, y la lánguida pupila mirando al mismo tiempo á todas partes, suspendían el ejercicio de las mandíbulas de rato en rato, quedando entonces con los belfos llenos de hierba, en actitud observadora y temerosa. La caída de una hoja, el volar de un insecto, el graznido de la urraca, los alarmaban interrumpiendo su comida, que proseguía poco despues.

El Rey, sin apartar sus ojos de los gamos, buscó á tientas la escopeta; montóla sin mirar el gatillo; apuntó hácia el grupo de sencillos animales é hizo fuego. La detonacion resonó en la llanura, sin que un eco la reprodujese, y los gamos huyeron ilesos con la cabeza echada sobre el lomo y en vigorosa tension los músculos de sus nerviosas patas. Levantóse precipitadamente el Rey para cerciorarse de su torpeza y falta de tino, cuando á la derecha de un pequeño matorral, inmediato al montecillo donde estaban los gamos, se oyó una recia voz que decia con mucho temor y azoramiento:

—¡Eh, cuidado, que hay aquí un cristiano y le vais á acribillar con vuestros perdigones!

Al mismo tiempo salió de detrás del matorral un hombre altísimo y desgarbado, cuyo rostro curtido por el aire del campo, surcado de profundas arrugas y erizado de barbas, parecia carecer de toda expresion, como en efecto carecia, porque el tal hombre era ciego. Gran sorpresa produjo á Bonaparte la aparicion súbita é inesperada de tan extraño personaje, y más aún le suspendió su vestido, que era pobre, astroso y roto hasta frisar casi casi en la desnudez. Traía un burdo chaqueton de paño pardo con las mangas deshilachadas y raidas, calzon de pana agujereado hácia el sitio que por su propio nombre llamamos posaderas, polainas remendadísimas y sucias de barro, borceguies gruesos y torcidos, y en la cabeza el casquete de piel que suelen usar los patanes de tierra de Madrid. Pendiente del cuello y reposando sobre la espalda del desarripado viajero, veíanse un morral de lienzo denegrido y una guitarra con tantos agujeros de más como clavijas de ménos; su mano derecha esgrimia un garrote de ferrada punta con que apaleaba cruelmente el suelo al andar, para orientarse. El ciego introdujo en su ancha y desdentada boca los dedos índice y anular de ambas manos, y dejó oír un silbido penetrante. El Rey le miraba con cierta sorpresa.

—Llamo á mi burro,—dijo el ciego acercándose hácia donde por el ruido del disparo supuso él que se hallaba el cazador.—Por lo visto hay aquí cazadores, y como soy ciego, y no los veo, hasta que me han descerrajado un tiro, no sé el peligro que corro. Me marchó á otra parte.

Entonces el Rey dijo en el más correcto castellano que supo, y pronunciando despacio las palabras á fin de despojarlas de todo acento galo:

—Me alegro de que mi escopeta no haya hecho el flaco servicio de regarte de plomo las espaldas... Pero ¿qué demonios hacias ahí? ¿Ignoras que este monte es del rey, y coto vedado para los demás?

—¡Vaya, señor!—repuso el ciego.—Esto es del rey, pero como ahora no hay rey, porque el rey está en Bayona...

—¿En Bayona? ¿Y el rey José?

—¡Bah! ¡Bah! ¿El tuerto Pepe Botella? Ni ese es nuestro rey ni lo será en la vida ningun francés pícaro.

—¿Tú has visto al rey tuerto?—preguntó festivamente Bonaparte.

—¡Señor! Vuesa merced se burla. ¿No sabe que soy ciego? ¿Cómo he de verle?

—Entonces, ¿quién te ha dicho que es tuerto?

—¡Toma! Eso lo dice todo el mundo. Tan tuerto es como su madre.

—Verdad es que su madre tenia dos ojos como dos luceros. ¡Mal queréis á ese pobre rey tuerto!

—¡Pobre! ¡Valiente tuno está el rey de copas! ¿Vuesa merced quiere enterarse de la nueva relacion que le ha sacado un grande poeta de Madrid? Aquí la traigo,—dijo el ciego metiendo la mano en el zurrón y sacando un buen legajo de papeles groseramente impresos.—En esta relacion lo ponen como no digan dueñas. ¡Bien merecido le está al que nos llama á los españoles fripones, que es una cosa así como bribones; se le dicen aquí las verdades del barquero!

El Rey oía sonriendo las lindezas que el ciego le ensartaba.

—Vamos, caballero,—añadió éste,—ya que por un tris no me ha convertido su merced en criba, cómpreme unos romances. ¿Quiere V. el Romance del buen Rey Diaz de Vivar? También habla de cosas de guerra, y trae la carta de Jimena Gomez, que empieza así:

A vos, mi señor, el Rey
El bueno, el aventurado,
El magno, el conquistador,
El agradecido, el sabio,
La vuesa sierva Jimena
Fija del Conde Lozano,
A quien vos marido disteis
Bien así como burlando,
Desde Búrgos os saluda
Donde vive lacerando.

El ciego recitaba el romance con quejumbroso tonillo de escuela, en tanto que buscaba entre el monton de papeles la relacion del rey Pepe Botella de que habia hablado.

—¿Qué te parece á tí ese Cid del romance?—preguntó José.

—Que era lo que se dice un guapo mozo,—respondió con viveza el ciego;—pero hay quien le gana en guapezas

y en bizarrías. Ahí está si no mi señor Empecinado, que no me dejará mentir, ó si no, cójame á Francisquete y á Mir... ó á Chambergo, que ellos solitos han matado lo ménos 1,000 gabachos. ¡Vaya unas despachaderas que tienen los niños! ¡Eso es matar, y no Napoleon, que necesita millones de hombres para conquistarnos! Aquí está el romance. Cójale V. y léalo, que es cosa buena. Mire aquí, que hay una estampa. Pero no, me he equivocado. Este es el Paso gracioso de D. Napoleon Malaparte y D. Pepe el tuerto, que trae al fin las seguidillas lacrimosas de Murat, por el bachiller Carrasco.

Empezaba á amostazarse el rey intruso con los patrióticos desahogos del ciego, y así, ántes de que le viniesen ganas de endosarle cuatro culatazos, lo cual hubiera sido criminal y bárbaro en demasía, quiso poner fin á la charla del Homero guarramesco y le dijo:

—No, yo no quiero romances ni quiero desatinos. Toma esta moneda por el susto que te he dado, y vete de aquí ántes de que te sorprendan los guardas y te rompan la guitarra en los cascos.

Alargó el ciego la áspera mano, y el Rey depositó en ella una moneda de oro.

—Gracias, señor, que Dios os dé tanta salud como mal deseo á Pepe Botella.

En esto dejóse oír en los silenciosos ámbitos del monte un rebuzno pausado, grave y estrepitoso, digno de los regidores del cuento cervantino, y el ciego exclamó volviendo la cabeza hácia el lugar donde sonaba:

—Ven acá, alma de mi alma, luz de mis ojos, guía de mis pasos, sosten de mi persona.

Asomáronse, en efecto, por la vecina loma dos orejas puntiagudas y largas, una cabeza de burro huesuda y triste, y todo el burro, en fin, que á paso tranquilo mordisqueando aquí y acullá la hierba, se acercó al ciego. Montóle éste con presteza, saltando sobre él ligeramente y despidiéndose del rey, enderezó la desmedrada y flaca bestezuela hácia el camino, mientras cantaba:

Anoche Pepe Botella
Anoche se emborrachó,
Y le decia su hermano:
—Borracho, tunante, perdido y lairon.

Escuchóle el rey José, echóse la escopeta al hombro y se dirigió hácia el lugar donde habia dejado el caballo, murmurando:

—¡Pues señor, buen dia se presenta! Mi hermano me llama *inepto*; he errado un tiro á cincuenta pasos, y me he dejado tratar de borracho y tuerto por un ciego maldito.... Pero ¿quién está más ciego?... ¿él... ó yo?

J. ORTEGA MUNILLA

EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS

POR DON RAMON FERNANDEZ DE MERA

(Continuacion)

El uniforme ejerce gran influencia en casi todas las mujeres de provincia, y Nemesia, que además sufrió á quema-ropa algunas expresivas miradas, se sintió fascinada y atraída hácia aquel brillante hijo de Marte.

Debo omitir detalles inútiles. Damian Hurtado, que así se llamaba el teniente, no tardó en rendir la plaza bloqueada, tan predispueta á una capitulacion. Desde las primeras entrevistas comprendió aquel que Nemesia queria vengarse de su marido, y como estaba con licencia temporal en Madrid y debia incorporarse pronto en Gerona á su regimiento, determinó apurar hasta el cabo aquella aventura, por lo breve poco comprometida.

Pero Nemesia se rindió con condiciones; el teniente debia arrostrar el riesgo de presentarse en el domicilio conyugal, porque ella no queria aventuras de tapadillo como una modista.

Buscaron un medio, y la circunstancia de haber estado Damian de guarnicion en Santiago le facilitó una carta de un amigo, natural de esta ciudad y que además era primo segundo de Nemesia.

El oficial, pues, se presentó en casa de D. Juan á hacer una visita á la señora de Castro de parte de su primo y de su tia. El viejo se alarmó un tanto, pero seguro de su sagacidad, esperó á que pasara ó descargase aquella nube con uniforme, y se entregó de lleno á sus aficiones escultóricas.

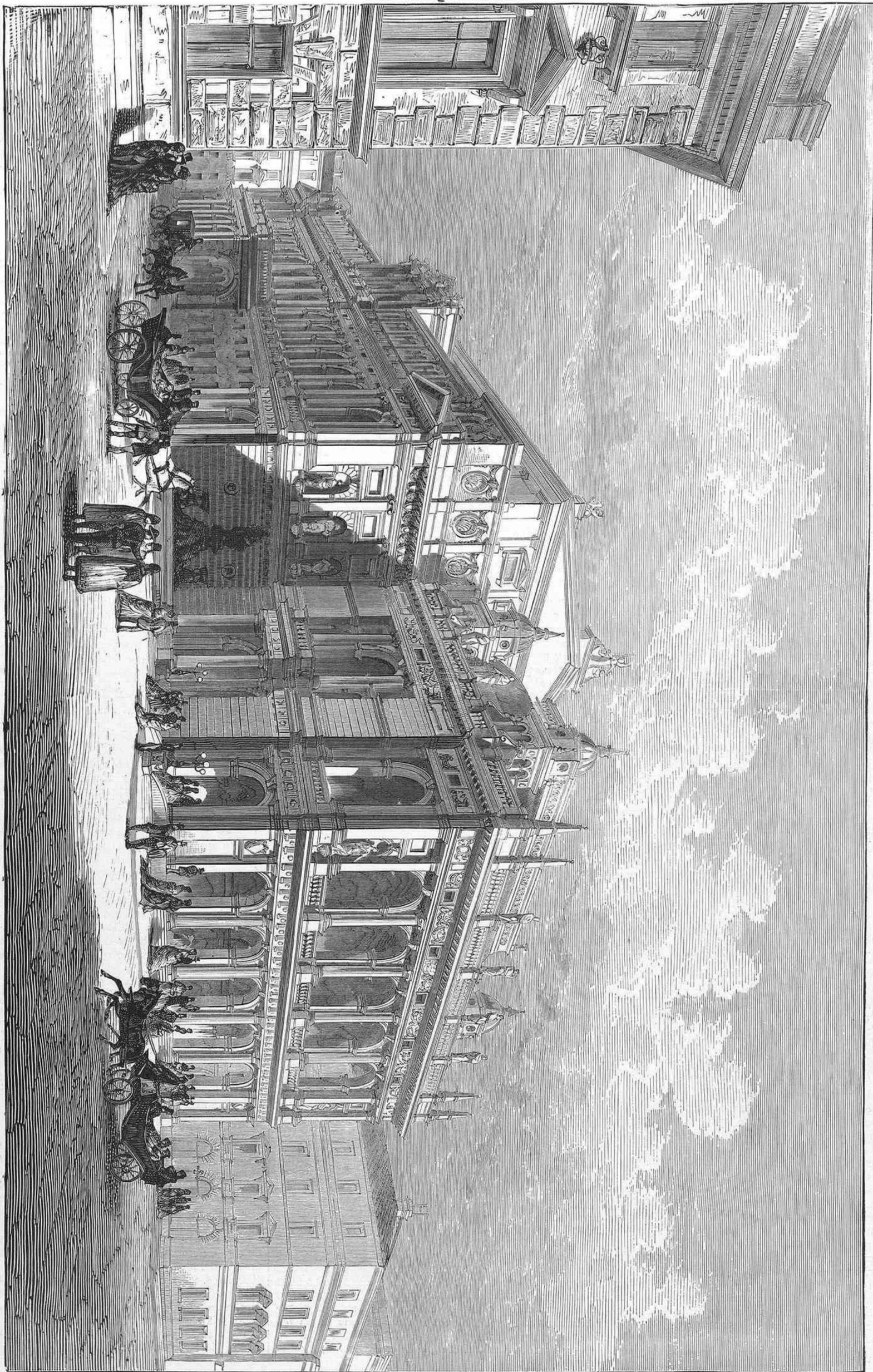
IV

La eterna trilogía del marido, de la mujer y del amante, siguió su curso acostumbrado. La historia de los dos amantes fué igual á la de todos, en la misma situacion. Primeramente, precauciones admirablemente tomadas, algunas citas en sitios bien escogidos; despues, y á consecuencia de la impunidad, descuidos, encuentros más frecuentes, y ménos precaucion con respecto al marido.

Como casi todos los sabios, D. Juan Castro veia poco de cerca, pero en cambio de lejos tenia una vista de águila. Una tarde, al volver del Museo á su casa, por el Paseo de Recoletos, vió á una mujer que daba el brazo á un militar; pero mediaba tanta distancia que no pudo adquirir la certeza, aunque sí la sospecha, de quiénes eran el amartelado galan y la enamorada dama.

Iba á seguirlos, pero la jóven pareja subió á un coche que se alejó rápidamente.

Al dia siguiente el jóven oficial hizo una visita á Nemesia, y al despedirse, D. Juan Castro tomó el sombrero y salió al mismo tiempo que aquel,



TEATRO DE LA OPERA EN BUDA-PESTH



UNA HISTORIETA DIVERTIDA, cuadro por O. Erdmann

Apénas embocaron por la calle del Barquillo, le dijo: —Amigo mio, he recibido á V. en mi casa; V. es jóven y militar; yo, viejo y feo. Es natural que V. haga la corte á mi mujer que es jóven y agraciada; pero tambien lo es que yo vigile y lo impida. Creo haber visto á Vds. paseando por Recoletos en actitud sospechosa; pero hago caso omiso de este incidente, limitándome á rogar á V. que deje de visitar mi casa y de ocuparse de mi mujer, advirtiéndole que de no, los dos tendrán Vds. que sentir... y no sonria V.; yo no soy jóven y nunca he tenido un sable en la mano, pero me valdré de otros medios que V. ni siquiera sospecha. Con que lo dicho dicho, separémonos en paz, no vuelva V. á mi casa, y mucha salud y ascensos.

Trascurrieron algunos dias sin novedad; el oficial se habia eclipsado.

Una mañana, al ir á entrar D. Juan en su casa, le dió una carta un mozo de cuerda que le esperaba, y una vez en su cuarto, la leyó aunque con alguna dificultad, á causa de la mala letra y peor ortografía.

La carta decia así:

«Mi estimado y antiguo amo: ésta sólo sirve para decirle que se ha casado V. con una... que le engaña con un oficial. No necesitaba V. haberse molestado en traer de Santiago un género tan averiado, pues en Madrid abunda.

»Me parece que me explico.

»Mañana me marchó á mi pueblo á reunirme con el que va á ser mi marido, porque, aunque no soy jóven, he encontrado, sin embargo, un hombre honrado que cargue conmigo; pero como me precio de honrada, no le haré los regalos que á V. la suya, ni recibiré de noche visitas de militares que entren por las puertas de los callejones, abiertas con llaves falsas.

»Saluda á V. su affma.—*Micaela Estébanez.*»

V

Don Juan Castro rompió la carta en pedazos, con pasmosa tranquilidad. Su fisonomía continuó impasible durante la lectura y despues de ella; únicamente sus ojillos brillaban más que de costumbre.

—Tengo tiempo,—dijo sacando y mirando su reloj, y dirigiéndose hácia su laboratorio.

A las cinco de la tarde se sentó á la mesa á comer con su mujer.

—¿Qué habrá sido del teniente Hurtado?—dijo ésta.

—Hace tiempo que no parece por aquí.

—Habría ido á Gerona á incorporarse á su regimiento,—contestó D. Juan con la mayor naturalidad.

—Eso supongo, pero no me parece muy político despedirse á la francesa.

Don Juan pensó en si su mujer era simplemente idiota ó únicamente descarada.

Comió de prisa y se retiró temprano á su cuarto. Cuando supuso que Nemesis habia hecho lo mismo, tomó de un hornillo un cogedor y le llenó de ceniza.

Salió al jardín que estaba muy oscuro por hallarse la luna en su último menguante.

Se cercioró de que habia luz en el cuarto de su mujer, y andando casi de puntillas, esparció la ceniza sobre la arena de una senda que desde la casa conducia á la puerta exterior del jardín.

Esta puerta daba, como ya he dicho, á un callejon sin salida, formado por la fachada del convento de las Salesas, y por una de las dos que tenia la casa de D. Juan.

Hecho esto, volvió á su habitacion, á través de cuya ventana entreabierta brillaban *resplandores químicos* como prueba de que el sabio hallábase entregado á sus trabajos y experiencias.

Se ignora lo que hizo D. Juan durante esta noche, hasta que un poco despues de las dos salió al jardín, y por medio de una linterna sorda reconoció la arena de la senda que ántes he mencionado.

Despues de este minucioso exámen, esparció la ceniza por varios sitios del jardín, y se volvió tranquilamente á su habitacion.

Al dia siguiente se levantó á su hora habitual; y algo más tarde oyó á su mujer que reñía á la criada, por haber dejado sus zapatillas al lado de la chimenea de modo que los bordes se habian llenado de ceniza.

Esta escena doméstica hizo sonreír á D. Juan, pero ¡con qué sonrisa! ¡Si Nemesis y el teniente le hubiesen visto!

El viejo acariciaba en su imaginacion una venganza; un psicólogo de seguro hubiéralo adivinado á la simple vista.

Hay rayos de luz tan intensa que traspasan la nube que los engendra.

Indudablemente pensaba en alguna venganza, pero venganza sin exposicion ni responsabilidad.

Nada de duelo ni de asesinato.

Don Juan Castro tenia organizacion de sabio y de artista; buscaba para satisfacer su encono una cosa nueva é ingeniosa; y meditaba en ella con pasmosa sangre fria y crueldad refinada.

Excusaba á Damian hasta cierto punto; pero no transigia con la miserable que le habia engañado.

No obstante esta diferencia de apreciacion, estaba conforme en vengarse de los dos.

Quería encontrar un medio que no dejase huellas, que no se rozara en manera alguna con el Código, y debía encontrarle pronto, ántes que el teniente se ausentase de Madrid.

El sabio alquimista estuvo durante dos dias pensativo y silencioso, revolviendo su laboratorio, examinando sus aparatos de química, tapando y destapando frascos,

¿Destrozaria á Damian, en el momento en que éste abriera la puerta del jardín, por medio de la explosion de una pila de Volta colosal?

¿Le asfixiaria, valiéndose de un gas deletéreo?

¿Le aplastaria bajo el peso de una enorme masa metálica, suspendida por la imantacion?

¿Le inundaria súbitamente con una de esas sustancias corrosivas, á cuyo contacto todo se deshace?

Todo era posible, pero exigía una exhibicion y colocacion de aparatos, que podian ser comprometidas.

Por fin, despues de dos dias de cavilaciones, D. Juan Castro se frotó las manos en señal de satisfaccion.

Habia encontrado lo que buscaba.

VI

El resultado de sus meditaciones prueba el endiablado talento de aquel oscuro sabio que se habia adelantado á su país y quizá á su época.

Quería vengarse como marido ultrajado y castigar como verdugo y juez á un mismo tiempo, y para llegar á este resultado hacia caso omiso de la muerte ó de los tormentos de dos seres humanos.

Durante una semana D. Juan recibió bastantes visitas, habló en voz alta de nuevas y decisivas experiencias científicas, é hizo venir trabajadores que colocasen nuevos aparatos.

Todo esto tranquilizaba grandemente á los amantes, absorbidos en su devaneo con tanto más ahinco por cuanto, por causa de la ausencia de Damian, debía sufrir pronto un eclipse más ó menos prolongado.

A últimos de semana el teniente se presentó en casa de D. Juan, preguntando por este que le recibió con cierto sobresalto, pues supuso que era una visita de despedida.

Eralo en efecto. El jóven militar dijo que, no obstante la cortés aunque injustificada prohibicion de D. Juan, creia de su deber despedirse de él y de su señora, á la cual profesaba la más respetuosa afeccion.

(Continuará)

LA FLAUTA

Este instrumento músico es de tan remota antigüedad, que se pierde en la noche de los tiempos.

No se sabe ciertamente quién fué su inventor, ni es posible averiguarlo, porque más que invencion del hombre parece obra espontánea de la naturaleza.

Los sonidos que produce el viento al chocar en los bordes de las cañas, ó de otro objeto cóncavo cualquiera, sonidos que resultan más ó menos graves ó agudos, segun la forma y extension de las concavidades y con arreglo á la velocidad del viento, son fenómenos naturales.

Estos no pudieron ménos de ser observados con deleite por las gentes del campo, moradoras en los diferentes ámbitos de la tierra, las cuales, deseosas de gozar de tan agradables sonidos, cuando el aire en calma no los producía, cortaron cañas, y soplando en ellas, dieron origen al instrumento que nos ocupa y á otros muchos de análogo fundamento.

Esta teoría no es nueva: dos mil años hace que la expuso el gran filósofo y elegante poeta Lucrecio en su célebre poema *De rerum natura*, diciendo:

*Et Zephyri cava per calamarum sibilis primum
Agrestis docuere cavas inflare cicutas.*

Lo razonable de tal teoría se comprende sólo con recordar que de todos los pueblos antiguos, tanto de los más civilizados como de los más salvajes, hay memoria de flautas ó instrumentos análogos; y hasta en algunas tumbas del antiguo Perú, anteriores al descubrimiento de las Américas, se han hallado otros, ya en la forma de la *Siringa* ó *Flauta de Pan*, ó ya como los antiguos *caramillos* hechos de cañas ó de canilla de grulla.

De todo lo cual puede sacarse la natural consecuencia de que la flauta es obra del Sér Supremo, observada por muchos y muy diferentes hombres, y aplicada y perfeccionada por éstos, segun las aspiraciones más ó ménos artísticas de cada uno.

Así hallamos que los egipcios atribuian la invencion de la flauta nada ménos que á su dios Osiris, y que usaban de ella para las solemnidades del culto á Serapis en sus templos; de lo cual dan testimonio los antiquísimos bajos relieves, en los cuales se ven dibujadas muchas figuras en actitud de tocar oblicuamente un instrumento muy semejante á nuestra moderna flauta, al cual daban el nombre de *Sebí* ó *Sébi*.

Los griegos, tan fecundos en poéticas invenciones, atribuian la de la flauta á diferentes personajes; siendo tantas y tan variadas las opiniones de los historiadores y los poetas, que no es posible llegar á una conclusion precisa y determinada.

Desde luégo hallamos al dios Pan, quien enamorado de Siringa, fué persiguiéndola hasta las orillas del rio Laon, donde la ninfa se convirtió en cañaveral, y luégo el dios, para conservar la memoria de su amada, cortó siete cañas desiguales, y uniéndolas con cera inventó el instrumento músico pastoril, que ha llegado hasta nosotros con el nombre de *Siringa* ó *Flauta de Pan*.

Del sátiro Marsias tambien se dice que inventó la *flauta recta*, por el estilo de la que hoy tenemos, llamada *flauta dulce*. La misma invencion se atribuye á la diosa Minerva, quien, estando muy preciada de su hermosura, al mirarse en el cristal de una fuente y ver lo fea que se ponia miéntras tocaba, arrojó el instrumento.

Tambien del frigio rey Midas se dice que inventó la

flauta oblicua, y lo mismo se cuenta de Mercurio y de otros que seria prolijo enumerar, siendo la opinion más generalmente admitida la que da la preferencia á Midas, respecto al instrumento griego semejante á nuestra moderna *flauta travesera*, que es al que más particularmente me refiero en los presentes apuntes.

Si del campo de la fábula pasamos al de la historia, hallamos que los griegos tenian multitud de instrumentos de viento de la familia de la flauta, á cada uno de los cuales daban un nombre adecuado á su origen, forma y extension, ó al uso especial á que era destinado. Entre ellos se contaba el *calamaulos*, muy semejante á la moderna *flauta dulce* ó *flauta de pico*, y el *plagiaulos* ó flauta oblicua, que puede ser considerado como el generador de la *flauta travesera* que hoy usamos.

Estos instrumentos se construian principalmente de cañas de Orchomenos, pueblo situado á orillas del lago Kopais en Beocia, cuyas cañas, para ser consideradas como *auléticas* ó buenas para flautas, habian de tener por lo ménos nueve años de desarrollo. Tambien se construian de boj, de maderas de loto y de laurel, de asta de ciervo, de hueso, de marfil, de cobre y hasta de plata. En el Museo Británico de Lóndres se conserva un antiguo *plagiaulos* original griego, que es de caña forrado con hoja de cobre; y, segun dice Filostrato, tambien los hubo forrados de oro.

Entre los etruscos era tambien usado dicho instrumento, segun atestiguan las muchas representaciones plásticas que se conservan de aquella época, y más particularmente una pequeña flauta oblicua de bronce con cinco agujeros, encontrada en un antiguo sepulcro de Toscana. Esta flauta se halla hoy en el referido Museo Británico.

Los antiguos romanos en sus conquistas no sólo se hicieron dueños absolutos de los pueblos, sino que se apoderaron igualmente de su literatura, ciencias y artes, trasladándolas á Roma y convirtiéndolas en latinas. Grecia, en particular, prestó á Roma sus conocimientos musicales, y con estos sus flautas, las cuales cambiaron su nombre genérico griego de *aulos* por el latino de *tibia*, del cual provino llamar *tibícines* á todos los tocadores de diversas flautas, los cuales constituyeron en Roma una especie de conservatorio ó cuerpo colegiado, al cual se dió grande importancia.

No obstante, entre los muchos escritores griegos y latinos que se han ocupado en este asunto, no hay ninguno que nos suministre con claridad los datos indispensables para conocer bien los pormenores de construccion ni el alcance artístico de cada una de las diversas flautas; y entre los historiadores musicales modernos se discute todavía sobre el particular, sin que podamos ahora sacar una conclusion precisa que resuelva tan importante cuestion. Lo único que puede decirse con fundamento, es que nuestra moderna flauta descende por línea recta del *Sebí* de los egipcios, el *plagiaulos* de los griegos y la *tibia oblicua* de los romanos.

De la Edad media, á causa de las convulsiones y catástrofes que se experimentaron, no quedan documentos suficientes para juzgar del estado en que se hallaba la flauta: sin embargo, ya á fines del siglo XI se hace mencion en Alemania de un instrumento llamado *dulcis fistula* ó flauta dulce, y más tarde en Francia se nombra el instrumento *fleuthe*, *fleute*, *flauste*, *fleuste* ó *flaute*, que era de ocho ó nueve agujeros.

Del siglo XIII tenemos un documento fehaciente, de gran importancia y desconocido hasta ahora, que prueba que en España se usaba entonces la *flauta travesera*. Es una miniatura de uno de los códices de las Cantigas del rey don Alfonso el Sabio, cuya miniatura representa un jóven tocando dicha flauta; la cual en forma y dimensiones es casi idéntica á las que hoy se usan, y sólo difiere de éstas en que el tocador la tiene colocada á la inversa, es decir, hácia el lado izquierdo.

Guillermo de Machau, poeta y músico del siglo XIV, en su poema intitulado *Le Temps pastour*, hace referencia á las *flaustes traversaines* ó flautas traveseras, instrumentos que tenian seis agujeros.

En el siglo XV los soldados suizos que entraron al servicio del rey Luis XI de Francia, marchaban al compás del tambor y de una pequeña flauta travesera de metal con seis agujeros para los dedos y otro para la embocadura, á cuyo instrumento daban los nombres alemanes de *schweizerpfeife*, *feldpfeife* ó simplemente *pfeife*, en francés *fifre*, en italiano *piffero* y en español *pifaro*, *pifano*, ó *pito*, el cual, como instrumento músico militar, se ha usado tambien en España desde el año 1505 hasta nuestros dias: no obstante, la flauta civil (digámosla así) siguió en uso, como lo demuestra el inventario de los efectos que dejó Isabel la Católica, en el que figuran, entre otros muchos instrumentos, tres flautas de boj con guarniciones de latón.

Por aquellos tiempos parece que los alemanes empezaron á dedicarse con mayor ahinco al estudio de la flauta travesera, haciéndose en elló tan notables, que consiguieron que los franceses la cambiaran el nombre antiguo de *flauste traversaine* por el de *flauta de Alemania*; así al ménos se desprende del dicho de Rabelais, quien, refiriéndose á su célebre *Gargantua*, dice que «aprendió á tocar el laud, la espineta, el arpa, la *flutte d'Alemant*, etc.»

Indudablemente durante el siglo XVI adquirió en Alemania un gran desarrollo artístico la flauta, pero sin embargo es muy extraño que la obra didáctica más antigua que se menciona sobre tal instrumento no es alemana sino italiana, compuesta por Silvestre Ganassi del Fontego, con el título de *Fontegara, la quale insegna di suonare il Flauto*, publicada en Venecia el año 1535.

No ha llegado á mis manos este rarísimo y precioso libro; por consiguiente, no puedo afirmar si trata de la antigua flauta dulce, ó de la travesera, ó de entrambas; pero es lo cierto que durante el siglo XVI los alemanes ejercían una especie de monopolio en la construcción y uso de las flautas, esparciéndolas por el resto de Europa con gran abundancia.

La prueba de esto se halla en el inventario que se hizo en la Casa Real de España después de muerto Felipe II, en el año 1597. En dicho inventario se anotan los muchos y ricos instrumentos de música de todas clases que había en palacio, entre los cuales se cuentan nada ménos que sesenta y ocho flautas y pifaros, y hasta una especie de bajon llamado *contrabajo de flauta*. Estos instrumentos se dicen contruidos de marfil con brocales de plata dorada, de boj con abrazaderas de plata, de madera leonada de Alemania con juntas de cuerno ó de latón, de varias piezas y de diferentes tamaños; por donde se viene en conocimiento de que tales flautas y pifaros estaban afinados en diferentes tonos, para formar cuartetos de tiple, contralto, tenor y bajo, de los cuales se hace mención en libros de época posterior.

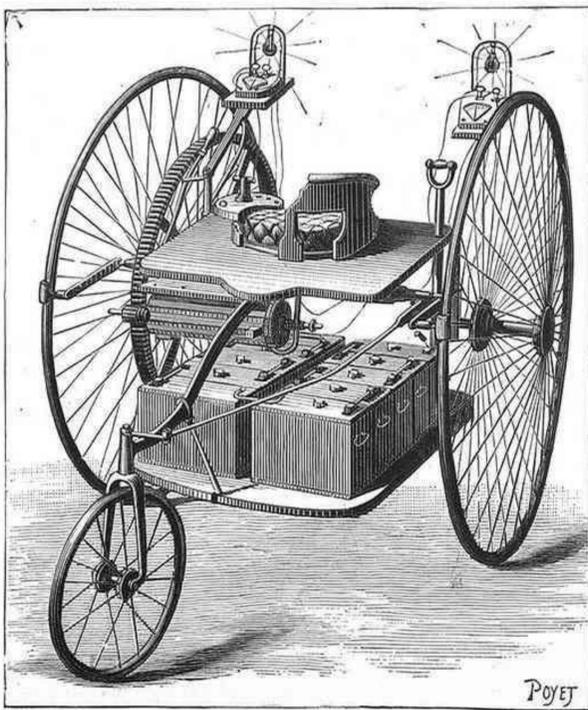
Con efecto, el célebre Pedro Cerone, en su voluminoso *Melopeo* dedicado al rey de España Felipe III, é impreso en Nápoles año 1613, trata largamente de los conciertos de flautas y de otros instrumentos, que eran frecuentes en diversas partes de Europa; y veintitres años después el padre fray Marin Mersenne en su *Harmonie universelle*, libro famoso impreso en París, 1636, en folio, no sólo se ocupa en la misma materia, sino que hace una descripción minuciosa de la *Fluste d'Allemand* ó flauta travesera, y del *Pifre* ó pito, diciendo que la flauta se construía de maderas de manzano, cerezo, boj ó ébano y también de vidrio y de cristal; da el dibujo de los instrumentos y las tablaturas y escalas correspondientes, en la extensión de dos octavas y media para la flauta y sólo dos octavas para el pito, y añade por fin un *Air de Cour* en notación musical, armonizado para cuatro flautas, escritas la primera ó tiple en llave de sol, la segunda en do en 2.^a, la tercera en do en 3.^a, y la cuarta en fa en 3.^a

Desde esta época en adelante empiezan los grandes y rápidos progresos de la flauta.

En la segunda mitad del siglo XVII aparece en Francia Luis Hotteterre, gran flautista, compositor de muchas obras, entre ellas un método intitulado *Principes de la flûte traversiere, ou flûte d'Allemagne*, publicado en París, sin fecha, en los primeros años del siglo XVIII.

La gloria que alcanzó este notable artista, fué bien pronto eclipsada por otro de la mayor importancia. El célebre alemán Juan Quantz no sólo fué un ejecutante de facultades extraordinarias, sino un compositor elegante y fecundísimo, y un artífice de gran inteligencia é inventiva. Cuando empezó á darse á conocer, como concertista, en diferentes pueblos de Europa, la flauta sólo contaba con una llave, y tenía tantos defectos, que impulsó á Quantz á fundar en Dresde, bajo su inmediata y exclusiva dirección, una fábrica de flautas, en las cuales introdujo grandes reformas, haciendo los agujeros en mejor lugar, con arreglo á las leyes de la acústica, añadiendo otra llave, inventando la bomba de la pieza superior, para regularizar la afinación cuando el instrumento se calentaba, haciendo, en fin, lo que podríamos llamar una flauta nueva, y publicando además en Berlín el año 1752 un Método de su composición para dicho instrumento, con arreglo á todas las innovaciones introducidas, cuyo método alcanzó la mayor popularidad en Alemania y en otras naciones. Quantz nació el año 1697, y fué maestro de flauta y favorito de Federico el Grande de Prusia, para quien compuso multitud de obras, que solían ejecutarse juntos y que se han publicado en su mayor parte. Murió en 1773, dejando un recuerdo indeleble en la historia de la flauta moderna.

Hoy mismo, el viajero que visite el palacio de Pots-



TRICICLO ELÉCTRICO DE ACUMULADORES

dam, verá en el atril de música que usaba Federico II colocada una composición de Quantz, que tal vez sea la última que tocó en la flauta el célebre monarca prusiano.

Sólo á título de curiosidad bibliográfica, pues no tiene importancia artística citaré aquí un tratadito de flau-

ta, que es, según creo, el más antiguo en su clase que se ha publicado en España; su autor fué Pablo Minguet é Irol, y se intitula *Reglas y advertencias generales para tañer la flauta travesera, la flauta dulce y la flautilla*. Madrid, imprenta de Ibarra, 1754, pequeño en 4.^o apaisado, con láminas de la tablatura de dichos instrumentos.

Lorenzoni publicó en Vicenza, 1779, en un tomo en cuarto su *Saggio per ben sonare il Flauto traverso*, que es obra importante para el arte y para conocer los progresos en la flauta que se hacían en Italia.

Otra obra de trascendencia, en la cual se trata del origen de la flauta con más llaves y de la manera de remediar sus defectos, es la que compuso Tromlitz, con el título de *Kurze Abhandlung vom Flötenspielen* y que se publicó en Leipzig, 1786 y 1800, en 4.^o

El escocés Gunn dió á luz su *Arte de tocar la flauta alemana sobre nuevos principios (Art of playing the german flute on new principles)*, Londres, 1794.

El distinguido compositor francés Devienne, que al propio tiempo era un excelente tocador de flauta, dió mucha importancia á este instrumento, no sólo con el Método que publicó en París el año 1795, sino con el importante empleo que dió á la flauta en las orquestas. Del Método se hicieron traducciones á varios idiomas y fué muy estimado.

Otra obra excelente sobre la flauta travesera es la que Dauscher dió á la estampa en Ulm el año 1801.

Los profesores del mismo instrumento en el Conservatorio de París, Hugot y Wunderlich, publicaron su Método en 1804, y con él ejercieron grande influencia en los artistas de Francia y del extranjero.

Berbiguier fué un flautista y maestro muy popular, y su Método, publicado en París y en Leipzig el año 1819, así como otras muchas composiciones del mismo autor, han sido de gran utilidad para la enseñanza, no sólo en Francia y Alemania sino en España, donde muchos de nuestros mejores flautistas han seguido las huellas de aquel elegante maestro.

Llegamos por fin á la época de la gran transformación de la flauta. Sobre este asunto podría escribirse un libro, que no un artículo de periódico; pero como el presente va siendo ya demasiado difuso, procuraré concretarlo cuanto sea posible.

Por los años de 1826 al 27, el capitán suizo, llamado W. Gordon, que se hallaba de guarnición en París y que era un gran aficionado y buen tocador de flauta, concibió el proyecto de hacer una reforma acústica y mecánica en el instrumento, dándole otras proporciones y facilitando la ejecución de los pasos más difíciles por medio de unas medias lunas y varillas, unidas á las llaves, de manera que con un mismo dedo pudieran ejecutarse diferentes movimientos, áun los más impracticables en la flauta usada hasta entonces. Auxiliado por artífices de París hizo varios ensayos de su nuevo sistema, construyendo algunas flautas, que, sin embargo, no produjeron todo el resultado que apetecía.

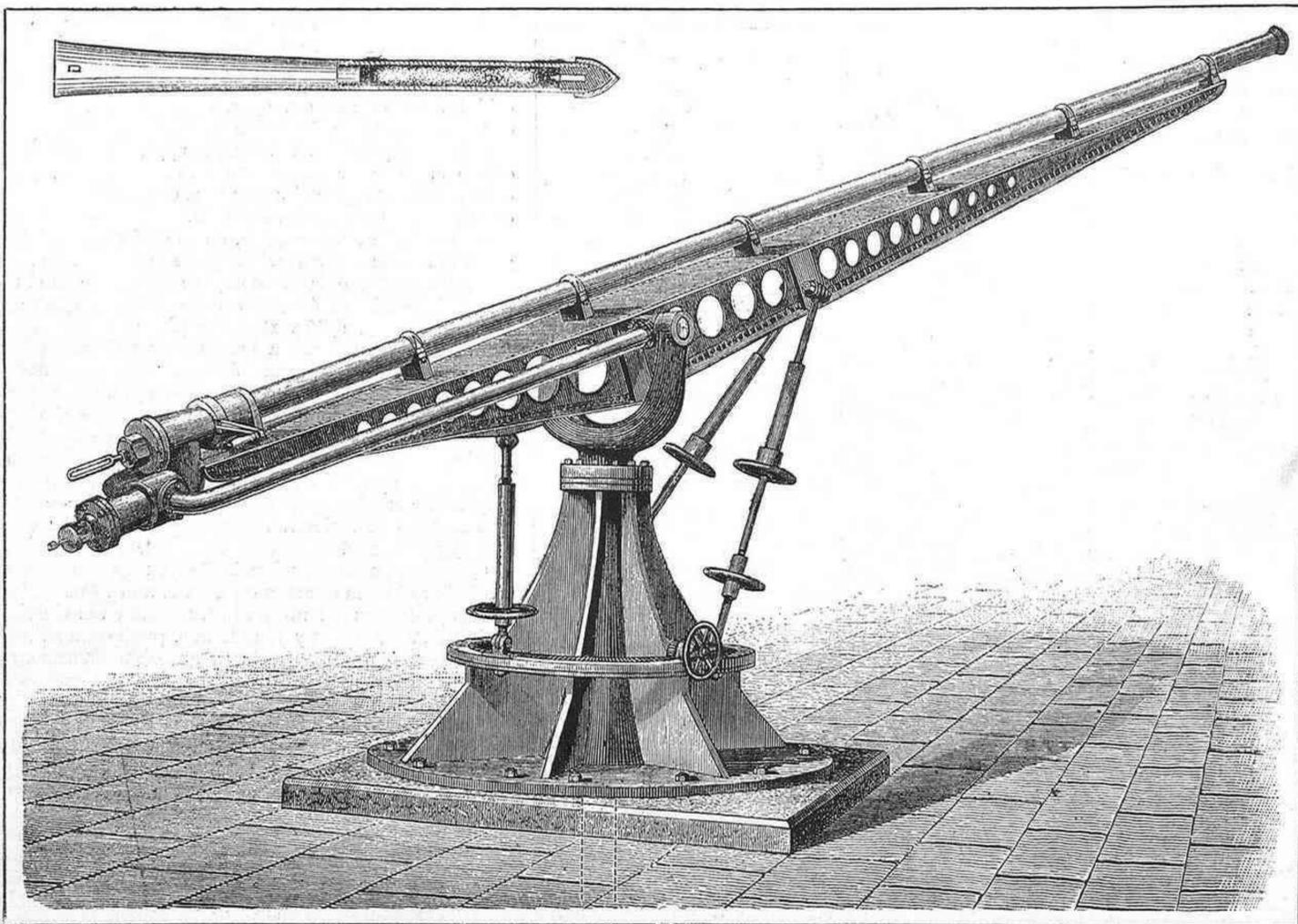
Al mismo tiempo, aunque á gran distancia de Gordon, se ocupaba en trabajos análogos un bávaro, el insigne concertista, compositor, fabricante y reformador de la flauta Teobaldo Boehm, cuyas innovaciones tenían muchos puntos de contacto con las del capitán suizo, si bien Boehm inventaba para la pulsación el sistema de anillos que hoy se usa, y procuraba otras reformas más radicales en la parte fundamental ó acústica del instrumento.

Ambos inventores se encontraron casualmente en París, cuando cada uno trabajaba por su lado, y se comunicaron sus planes respectivos. Luégo Gordon fué á Munich en busca de Boehm, pero no pudieron ponerse de acuerdo para la amalgama de sus diferentes sistemas, y Gordon desesperado abandonó la empresa, dejando el campo libre á Boehm, quien empezó á propagar su nueva flauta por Alemania y Francia.

Llegada á conocimiento del célebre Tulou, éste la des-



LOS DESOLLADORES DE TÍMPANOS, cuadro por L. Neustaller



CANÓN PARA DISPARAR CARTUCHOS DE DINAMITA

precio y nunca quiso adoptarla para la enseñanza de sus discípulos en el Conservatorio de Paris, si bien hizo por su parte algunas modificaciones en el instrumento anteriormente usado, modificaciones que hoy se conocen con el nombre de *Sistema de Tulous*.

Otro flautista ménos célebre, aunque muy distinguido, Víctor Coche, empezó á estudiar la nueva flauta, y no contento con esto, quiso mejorar la obra de Boehm, valiéndose de los auxilios del fabricante de instrumentos Buffet el jóven. El producto de estos trabajos fué la pu-

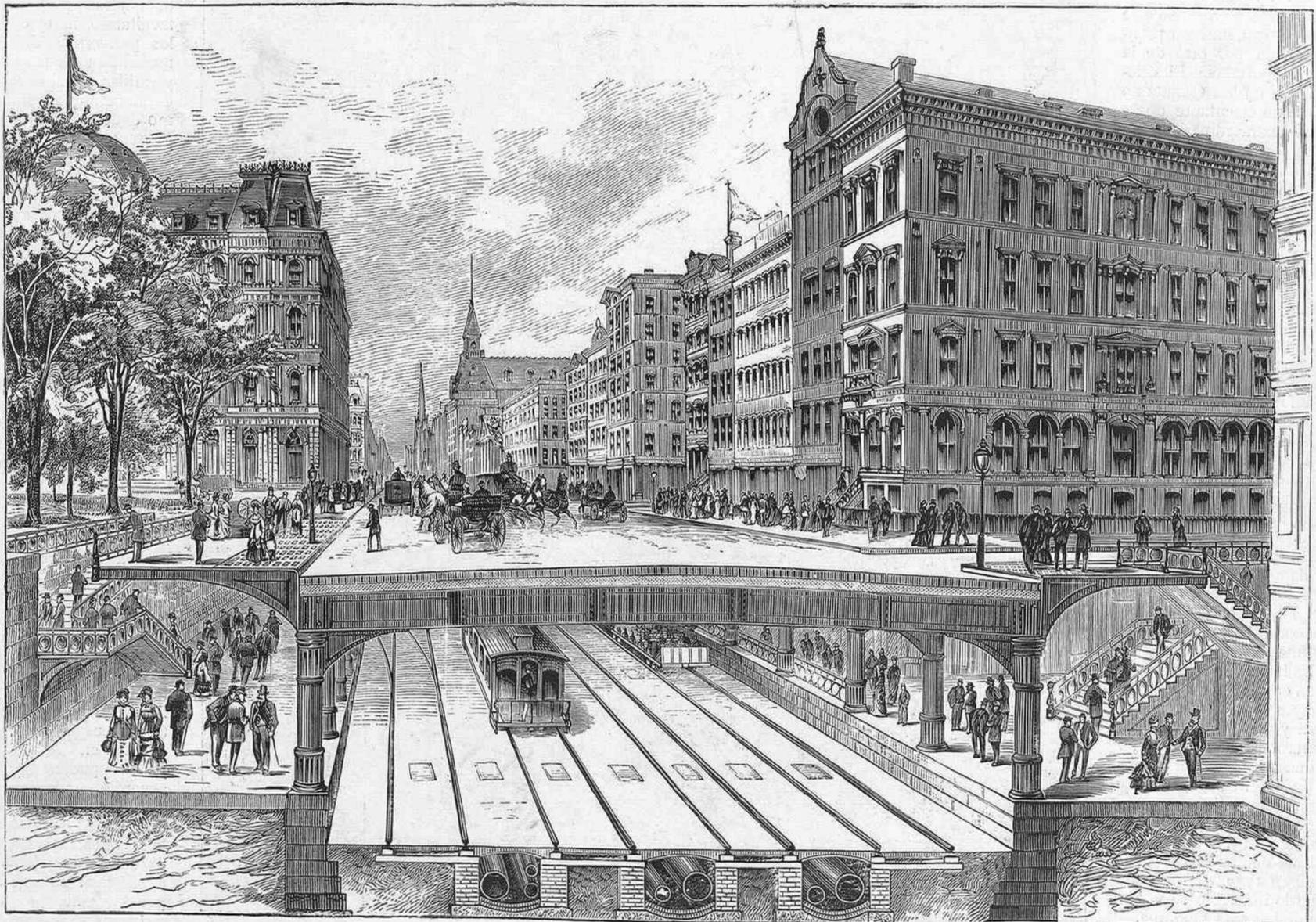
blicacion de un «Método para servir á la enseñanza de la nueva flauta inventada por Gordon, modificada por Boehm y perfeccionada por V. Coche y Buffet el jóven.—Paris, 1839.»

Traduzco del francés este título, para hacer notar más claramente el error ó la mala intencion en que incurrieron Coche y Buffet atribuyendo á Gordon el invento y poniendo en segundo lugar á Boehm, como si este hubiera sido un simple plagiario de las ideas del otro. De aquí nació una polémica muy animada, de la cual salió

multitud de Estudios y de piezas excelentes que se han publicado y publican de continuo.

Hé aquí los datos más principales para la historia de la flauta, desde su origen hasta la época presente. Me he decidido á recogerlos y publicarlos, en la persuasion de que los muchos aficionados al tal instrumento, y aun los artistas mismos que lo profesan, verán con gusto mi humilde trabajo.

FRANCISCO ASENJO BARBIERI



PROYECTO DE FERRO-CARRIL SUBTERRÁNEO EN NUEVA YORK

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON